A. Royo Marín O.R.

ELEVACION A LA SANTISIMA TRINIDAD

Tercera edición

Apostolado Mariano
Recaredo, 44
41003 Sevilla

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-7693-192-1
Dépósito legal: B-23.639-91
Printed in Spain
Impreso en España

EL TEXTO DE LA ELEVACION

En los ya largos años de mi ministerio sacerdotal, la divina Providencia me ha puesto en contacto con toda clase de almas: desde los más grandes pecadores, hasta las de muy avanzada perfección cristiana; desde las que caminan a tientas en su vida espiritual a la luz vacilante de una fe muy poco desarrollada, hasta las que, con una generosidad siempre creciente, han logrado escalar cimas muy altas en su camino hacia la santidad.

Una de estas últimas me confió hace tiempo –para que la examinara teológicamente– una preciosa oración dirigida a la Santísima Trinidad, a semejanza de la sublime «Elevación» escrita por la famosa carmelita sor Isabel de la Trinidad. En esa oración resumía y condensaba dicha alma toda su vida espiritual y todas sus aspiraciones en orden a la gloria de Dios y a su propia santificación. A mi juicio, dicha oración no solamente es irreprochable desde el punto de vista teológico, sino que

constituye un verdadero tesoro doctrinal que puede ponerse, sin la menor duda, al lado de la sublime «Elevación a la Trinidad» de la famosa carmelita de Dijón.

Su lectura produjo en mi alma una gran impresión. Y comprendí sin esfuerzo que su difusión causaría un gran bien, sobre todo a las almas contemplativas que tratan de glorificar a Dios con todas sus fuerzas a base de su propia santificación. Por eso, creyendo un cargo de conciencia mantener oculto tan preciado tesoro espiritual, me atreví a pedir permiso a la persona que la escribió para publicarla acompañada de una breve glosa o explicación teológica para hacerla más accesible a toda clase de almas que aspiran a santificarse. He sido autorizado para publicarla, a condición de no revelar el nombre del autor (o autora, que esto queda en el misterio), «ya que –dijo– en nada contribuiría a mejorarla, dada la poca personalidad y relevancia de la persona en cuestión». Accedí sin dificultad a esta humilde condición, recordando aquella sentencia tan oportuna del autor de la «Imitación de Cristo»: «No te mueva la autoridad del que escribe, si es de pequeña o grande ciencia; mas convídete a leer el amor de la pura verdad. No mires quién lo ha dicho; mas atiende qué tal es lo que se dijo»[1].

1. TOMAS DE KEMPIS: *Imitación de Cristo,* I, 5.

He aquí, pues, en primer lugar, el texto íntegro de la preciosa Elevación a la Santísima Trinidad, para que el lector pueda contemplar en su conjunto el magnífico panorama a vista de pájaro. Luego vendrá nuestro comentario teológico, palabra por palabra.

«¡Oh, Dios mío Trinidad Beatísima! sacad de mi pobre ser el máximo rendimiento para vuestra gloria y haced de mí lo que queráis en el tiempo y en la eternidad. Que ya no os ponga jamás el menor obstáculo voluntario a vuestra acción transformadora. Que la gracia alcance en mí el grado de desarrollo que me tenéis asignado desde toda la eternidad con vuestra primera intención y **"según la medida de la donación de Cristo"»** (Ef. 4,7).

Segundo por segundo, con intención siempre actual, **quisiera ofreceros todo cuanto soy y tengo; y que mi pobre vida fuera** en unión íntima con el Verbo Encarnado **un sacrificio incesante de alabanza de gloria de la Trinidad Beatísima. Y quisiera haberlo hecho así desde el primer instante de mi concepción y seguir haciéndolo hasta la consumación de los siglos, cada vez con más intensidad y perfección.**

¡Oh, Dios mío, cómo quisiera glorificaros! ¡Oh, si a cambio de mi completa inmolación, o de cualquier otra condición, estuviera en mi mano incendiar el corazón de todas vuestras

criaturas y la Creación entera en las llamas de vuestro amor, qué de corazón quisiera hacerlo! Que al menos mi pobre corazón os pertenezca por entero, que nada me reserve para mí ni para las criaturas, ni un solo de sus latidos. Que ame inmensamente a todas vuestras criaturas, pero únicamente con Vos, por Vos y para Vos.

¡Oh, Dios mío! Os amo con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Más que a mi pobre vida, más que a mi pobre alma, más que a mi propia salvación, que os pido humildemente subordinándola a vuestra mayor gloria. Pero quisiera amaros con el amor de los más abrasados serafines, con el de todos los ángeles y bienaventurados del cielo, almas del purgatorio y justos de la tierra. Quisiera amaros con el corazón de todas vuestras criaturas, incluyendo a las que no os han amado, no os aman y no os amarán y a los mismos demonios y condenados del infierno. Quisiera, sobre todo, amaros con el corazón de San José, con el Corazón Inmaculado de María, con el Corazón adorable de Jesús. Quisiera finalmente, hundirme en ese Océano infinito, en ese Abismo de fuego que consume al Padre y al Hijo en la unidad del Espíritu Santo y amaros con vuestro mismo infinito amor. Y quisiera que todas vuestras criaturas pasadas, presentes y futuras os hubiésemos amado y os amaran

así desde el primer instante de su ser y seguir haciéndolo hasta la consumación de los siglos y por toda la eternidad.

Quiero, Dios mío, poner mi alegría en vuestra alegría, mi felicidad en vuestra felicidad, mi gloria en vuestra gloria. Que el pensamiento de que Vos, Dios mío, sois infinitamente feliz y no dejaréis de serlo jamás ocurra lo que ocurra, sea ya la fuente única, el manantial inagotable de mis alegrías y toda mi felicidad.

¡Padre Eterno, Principio y Fin de todas las cosas! Por el Corazón Inmaculado de María os ofrezco a Jesús, vuestro Verbo Encarnado, y por El, con El y en El, quiero repetiros sin cesar este grito arrancado de lo más hondo de mi alma: «Padre, glorificad continuamente a vuestro Hijo, para que vuestro Hijo os glorifique en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos» (Jn. 17,1).

¡Oh, Jesús, que habéis dicho: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiera revelárselo» (Mt. 11,27): «¡Mostradnos al Padre y esto nos basta!» (Jn. 14,8).

Y Vos, ¡oh, Espíritu de Amor!, «enseñadnos todas las cosas» (Jn. 14,26) y formad con María en nosotros a Jesús (Gál. 4,19), hasta que seamos «consumados en la unidad» (Jn. 17,23) en el «seno del Padre» (Jn. 1,18). Amén.

COMENTARIO

«¡Oh Dios mío, Trinidad Beatísima!»

Con este primer saludo el alma se dirige directamente al Dios Uno y Trino que se nos ha manifestado en la divina Revelación, trascendiendo infinitamente las luces de la simple razón natural que jamás hubiera podido sospechar la existencia del gran misterio trinitario. En estas palabras se advierte claramente la influencia de sor Isabel de la Trinidad, que comienza su sublime «Elevación» casi con las mismas palabras, aunque suprimiendo la expresión *Beatísima* para sumergirse enseguida en la adoración: *«¡Oh Dios mío, Trinidad que adoro»*. En realidad son fórmulas equivalentes, que presagian desde el primer momento el clima estrictamente sobrenatural que inspira ambas «Elevaciones».

«Sacad de mi pobre ser el máximo rendimiento para vuestra gloria y haced de mí lo que queráis en el tiempo y en la eternidad»

Estas dos primeras peticiones resumen y

compendian el conjunto total de la magnífica oración. Todo lo que vendrá después no será sino una ampliación y desarrollo de las mismas. Estudiémoslas por separado.

«Sacad de mi pobre ser el máximo rendimiento para vuestra gloria»

La divina Revelación nos enseña[2] y la teología nos explica razonablemente[3] que Dios ha creado todo cuanto existe para su propia gloria, manifestando sus infinitas perfecciones a las criaturas capaces de reconocerla y adorarla. Infinitamente feliz en sí mismo, nada absolutamente necesita de las criaturas, que no pueden añadir ni quitar nada a su propia infinita felicidad. Pero «Dios es Amor» (1 Jn. 4,16) y el amor es, de suyo, *comunicativo;* y Dios es el Bien –el Bien infinito– y el bien tiende, de suyo, a expansionarse: *«bonum est diffusivum sui»,* dicen los filósofos. Y ésta es la razón suprema, el único porqué de la Creación universal. Dios quiere obtener de las criaturas su propia gloria *extrínseca*[4], pero quiere obtenerla

2. Cf. Jn. 1,3; Rom. 11,35; Heb. 2,10; Apoc. 1,8; 4,11; 21,6; 22,13; etcétera.

3. *Suma Teológica*, I, 44,4.

4. La gloria *intrínseca* es la que se produce en las relaciones inefables de las tres divinas Personas entre sí, con absoluta inde-

haciendo felices a sus criaturas, comunicándoles sus infinitas perfecciones en la medida y grado en que sean capaces de recibirlas. En su infinita sabiduría, Dios ha sabido organizar de tal manera las cosas, que las criaturas encuentran su propia felicidad glorificando a Dios, y Dios obtiene su gloria extrínseca haciendo felices a sus criaturas. La glorificación de Dios por las criaturas es, en definitiva, la razón última y suprema de toda la Creación universal.

Por eso la espléndida oración que estamos comentando pide a Dios, ante todo y sobre todo, que «saque de nuestro pobre ser el máximo rendimiento para su gloria», que es lo verdaderamente básico y fundamental de toda la vida humana y, sobre todo, de toda vida cristiana en su marcha hacia la santidad. Y no se conforma con glorificar a Dios de cualquier manera o en un grado mediocre o imperfecto, sino que quiere glorificarle hasta «el máximo

pendencia de las criaturas. Bellísimamente expresa Santo Tomás de qué manera con su gloria intrínseca y extrínseca se reúnen en Dios, en grado infinito, todas las felicidades posibles: «Por lo que se refiere a la felicidad *contemplativa*, tiene la contemplación continua y certísima de sí mismo y de todas las otras cosas, y en cuanto a la *activa* tiene el gobierno de todo el universo. De la felicidad terrena, por *deleite* tiene el goce de sí mismo y de todas las otras cosas; por *riqueza*, la omnímoda abundancia que la riqueza promete; por *poderío*, la omnipotencia; por *dignidad*, el gobierno de todos los seres, y por *fama*, la admiración de todas las criaturas» (I. 26,4).

rendimiento posible», según la medida de su propia predestinación, como explicará en seguida.

«¡La gloria de Dios!» He aquí el alfa y la omega –como hemos escrito en otra parte[5]–, el principio y el fin de toda la Creación. La misma encarnación del Verbo y la redención del género humano no tienen otra finalidad última que la gloria de Dios: «Cuando le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se sujetará a quien a El todo se lo sometió, para que Dios sea *todo en todas las cosas»* (1 Cor, 15,28). Por eso nos exhorta el Apóstol a no dar un solo paso que no esté encaminado a la gloria de Dios: «Ya comáis, ya bebáis o ya hagáis alguna cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1 Cor, 10,31); ya que, en definitiva, no hemos sido predestinados en Cristo más que para convertirnos en una perpetua *alabanza de gloria* de la Trinidad Beatísima (Ef. 1,5,12 y 14). Todo, absolutamente todo, tiene que subordinarse a esta suprema finalidad. El alma misma ha de procurar su salvación o santificación principalmente en cuanto que con ellas glorificará más y más a Dios. La propia salvación o santificación no puede convertirse ja-

5. Cf. *Teología de la perfección cristiana*, 5.ª ed. BAC (Madrid 1968), n. 36, pág. 49.

más en el fin último. Hay que trabajar sin descanso en su consecución, pero principalmente porque Dios lo quiere, porque ha querido glorificarse haciéndonos felices con nuestra salvación o santificación. En la práctica, nada debe preocupar tanto a un alma que aspire de veras a santificarse como el constante olvido de sí misma y la constante rectificación de su intención a la mayor gloria de Dios. «En el cielo de mi alma –decía sor Isabel de la Trinidad–, la gloria del Eterno, nada más que la gloria del Eterno»[6]: he aquí la consigna suprema de toda la vida cristiana. En la cumbre más elevada de la montaña del amor la esculpió San Juan de la Cruz con caracteres de oro: «Sólo mora en este Monte la honra y gloria de Dios».

«Y haced de mí lo que queráis en el tiempo y en la eternidad»

Para lograr el supremo objetivo de glorificar a Dios «hasta el máximo rendimiento», el alma está dispuesta a aceptar todo cuanto Dios disponga de ella en el tiempo y en la eternidad. Es la entrega total al beneplácito divino, la perfecta identificación con la voluntad divina, que consiste en una amorosa, entera y entraña-

6. SOR ISABEL DE LA TRINIDAD, retiro de *Laudem gloriae*, día 7.

ble unión y concordia de nuestra voluntad con la voluntad de Dios en todo cuanto se digne disponer o permitir con relación a nosotros en el tiempo y en la eternidad. Cuando es perfecta se la conoce más bien con el nombre de *santo abandono* en la voluntad de Dios. En sus primeras manifestaciones imperfectas se la suele designar con el nombre de simple *resignación cristiana*.

No hay en toda la Sagrada Escritura verdad tan insistentemente recordada como la necesidad de conformar nuestra voluntad con la voluntad adorable de Dios, que todo lo dispone o permite para nuestro mayor bien, aun las cosas que humanamente nos resulten más dolorosas o adversas. En la sublime oración que nos enseñó el mismo Cristo, pedimos a Dios «que se haga su voluntad en la tierra como se hace en el cielo». Y como Cristo enseñaba lo que practicaba y practicaba lo que enseñaba (cf. Act. 1,1), toda su vida sobre la tierra consistió en cumplir la voluntad de su Padre celestial. «Al entrar en el mundo dije: He aquí que vengo para hacer, Dios mío, tu voluntad» (Hebr. 10,5-7). Durante su vida manifiesta continuamente que está pendiente de la voluntad de su Padre celestial: «Me conviene estar en las cosas de mi Padre» (Lc. 2,49); ««Yo hago siempre lo que le agrada» (Jn. 8,29); «Esta es mi comida y mi bebida» (Jn. 4,34);

«Este es el mandato que he recibido de mi Padre» (Jn. 10,18); «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc. 22,42). A imitación de Cristo, ésta fue toda la vida de María: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc. 1,38) y la de todos los santos sin excepción: «Mira y obra conforme al ejemplar» (Ex. 25,40).

Como dice muy bien Lehodey, la conformidad perfecta o *santo abandono* a la voluntad de Dios tiene por fundamento teológico la gran virtud de la caridad:

«No se trata aquí ya de la *conformidad* con la voluntad divina, como lo es la simple *resignación,* sino de la *entrega amorosa, confiada y filial,* de la pérdida completa de nuestra voluntad en la de Dios, pues propio es del amor unir así estrechamente las voluntades. Este grado de conformidad es también un ejercicio muy elevado del *puro amor,* y no puede hallarse de ordinario sino en las almas avanzadas, que viven principalmente de ese puro amor».[7]

El P. Garrigou-Lagrange señala muy bien los principios teológicos en que puede apoyarse esta omnímoda conformidad y santo aban-

7. LEDOHEY, *El santo abandono,* p. 2.ª, pról.

dono en la voluntad de Dios. Son los siguientes[8]:

1.º Nada sucede que desde toda la eternidad no lo haya Dios previsto y querido o por lo menos permitido.

2.º Dios no puede querer ni permitir cosa alguna que no esté conforme con el fin que se propuso al crear, es decir, con la manifestación de su bondad y de sus infinitas perfecciones y con la gloria del Verbo Encarnado, Jesucristo, su Hijo unigénito (1 Cor. 3,23).

3.º Sabemos que «todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios, de aquellos que según sus designios han sido llamados» (Rom. 8,28) y perseveran en su amor.

4.º Sin embargo, el abandono a la voluntad de Dios a nadie exime de esforzarse en cumplir la voluntad de Dios *significada* en los mandamientos, consejos y sucesos, abandonándose en todo lo demás a la voluntad divina de *beneplácito* por misteriosa que nos parezca, evitando toda inquietud y agitación.

En efecto. Como dice el P. Garrigou hay que conformarse, ante todo, con la *voluntad de Dios significada,* aceptando con rendida sumi-

8. GARRIGOU-LAGRANGE. *La Providencia y la confianza en Dios,* p. 2.ª, c. 7.

sión y esforzándose en practicar con entrañas de amor todo lo que Dios ha manifestado que quiere de nosotros a través de los preceptos de Dios y de la Iglesia, de los consejos evangélicos, de los votos y las reglas (si somos religiosos), de las inspiraciones de la gracia en cada momento. Y hemos de abandonarnos enteramente, con filial confianza, a los ocultos designios de su *voluntad de beneplácito,* que, de momento, nos son completamente desconocidos: nuestro porvenir, nuestra salud, nuestra paz o inquietudes, nuestros consuelos o arideces, nuestra vida corta o larga, etc., etc. Todo está en manos de la Providencia amorosa de nuestro buen Dios, que es, a la vez, nuestro Padre amantísimo. Que haga, pues, lo que quiera de nosotros «en el tiempo y en la eternidad». Eso es todo.

«Que ya no os ponga jamás el menor obstáculo voluntario a vuestra acción transformadora»

Este es, sin duda alguna, el gran escollo en el que tropiezan y naufragan la inmensa mayoría de las almas que aspiran a la perfección cristiana: los obstáculos *voluntarios* que ponen a la acción transformadora de la gracia de Dios.

En la vida de la admirable carmelita Madre Maravillas –muerta en olor de santidad en 1974– se cuenta que gozaba mucho cuando sus hijas carmelitas le cantaban unas coplillas que decían así: «Si Dios cuida de mí, ¿qué me puede faltar? –Ni un solo instante me deja de mirar. Mi vida es suya; cual diestro tejedor la va tejiendo El con infinito amor. Hilo por hilo tejiendo va; *si tú le dejas,* ¡qué bien lo hará!»[9].

¡Si tu le dejas! Ese es el gran secreto para que el Señor obre en el alma verdaderas maravillas de santidad. Pero muchas almas, muchísimas *no le dejan* por sus voluntarias resistencias.

San Juan de la Cruz expone con admirable precisión y claridad la principal razón por la que, de hecho, hay tan pocos contemplativos y escasean tanto los verdaderos santos:

«Y aquí nos conviene notar la causa porque hay tan pocos que lleguen a tan alto estado de perfección de unión a Dios. En lo cual es de saber que no es porque Dios quiera que haya pocos de estos espíritus levantados, *que antes querría que todos fuesen perfectos,* sino que halla pocos vasos que sufran tan alta y su-

9. SI TU LE DEJAS... *Vida de la Madre Maravillas de Jesús.* C. D. (Madrid, 1976), pág. 23-24).

bida obra; que como los prueba en lo menos y los halla flacos, de suerte que luego huyen de la labor, no queriendo sujetarse al menor desconsuelo y mortificación, de aquí es que, no hallándolos fuertes y fieles en aquellos pocos que les hacía merced de comenzarlo a desbastar y labrar, eche de ver que lo serán mucho más en lo mucho, y así no va ya adelante en purificarlos y levantarlos del polvo de la tierra por la labor de la mortificación, para la cual era menester mayor constancia y fortaleza que ellos muestran. Y así, hay muchos que desean pasar adelante y con gran continuación piden a Dios los traiga y pase a este estado de perfección y, cuando Dios los quiere comenzar a llevar por los primeros trabajos y mortificaciones, según es necesario, no quieren pasar por ellas y hurtan el cuerpo, huyendo el camino angosto de la vida, buscando el ancho del consuelo, que es el de la perdición (Mt. 7,13-14) y así *no dan lugar a Dios* para recibir lo que le piden cuando se lo comienza a dar»[10].

«¡Si tú le dejas...!». Pero resulta que «no dan lugar a Dios...». Ese es el secreto del fracaso de tantas almas como aspiran o *creen aspirar* a la perfección cristiana. Todos los maes-

10. SAN JUAN DE LA CRUZ. *Llama de amor viva*, c. 3.º, n. 27, edición BAC (Madrid, 1964) p. 862-63.

tros de la vida espiritual están de acuerdo en proclamar que la razón más poderosa, por no decir la única, que paraliza a las almas impidiéndoles alcanzar la perfección cristiana, son los obstáculos *voluntarios* que ponen a la acción transformadora de la gracia de Dios. Dichos obstáculos son principalmente dos: la falta de mortificación y los apetitos desordenados *plenamente voluntarios,* por muy pequeños que sean. Escuchemos sobre esto la magistral exposición de San Juan de la Cruz[11]:

«Parece que ha mucho que el lector desea preguntar que si es de fuerza que, para llegar a este alto estado de perfección, ha de haber precedido mortificación total en todos los apetitos chicos y grandes, y que si bastará mortificar algunos de ellos y dejar otros, a lo menos aquellos que parecen de poco momento. Porque parece recia cosa y muy dificultosa poder llegar el alma a tanta pureza y desnudez, que no tenga voluntad y afición a ninguna cosa.

A esto respondo lo primero que, aunque es verdad que no todos los apetitos son tan perjudiciales unos como otros, ni embarazan al alma todos en igual manera, hablo de los *voluntarios;* porque los apetitos *naturales* poco o

11. SAN JUAN DE LA CRUZ. *Subida del Monte Carmelo,* 1,1.º, c. 11, ns. 1-3 (BAC) p. 385-87.

nada impiden para la unión al alma *cuando no son consentidos,* ni pasan de primeros movimientos todos aquellos en que la voluntad racional antes ni después tuvo parte. Porque quitar éstos –que es mortificarlos del todo en esta vida–es imposible, y éstos no impiden de manera que no se pueda llegar a la divina unión, aunque del todo no estén (como digo) mortificados; porque bien los puede tener el natural, y estar el alma según el espíritu racional muy libre de ellos. Porque aún acaecerá a veces que esté el alma en harta unión de oración de quietud en la voluntad, y que actualmente moren éstos en la parte sensitiva del hombre, no teniendo en ellos parte la parte superior que está en oración. Pero todos lo demás apetitos *voluntarios,* ahora de pecado venial, que son menos graves, ahora sean solamente de imperfecciones, que son los menores, todos se han de vaciar y de todos ha el alma de carecer para venir a esta unión, *por mínimos que sean.* Y la razón es porque el estado de esta divina unión consiste en tener el alma según la voluntad con tal transformación en la voluntad de Dios *de manera que no haya en ella cosa contraria a la voluntad de Dios,* sino que en todo y por todo su movimiento sea voluntad solamente de Dios.

Que esta es la causa porque en este estado llamamos estar hecha *una voluntad de dos,* la

cual es la voluntad de Dios, y esta voluntad de Dios es también voluntad del alma. Pues si esta alma quiere alguna imperfección que no quiere Dios, no estaría hecha una voluntad de Dios, pues el alma tenía voluntad de lo que no la tenía Dios; luego claro está que, para venir el alma a unirse con Dios perfectamente por amor y voluntad, ha de carecer primero de todo apetito de voluntad por mínimo que sea, esto, es, que advertidamente y conocidamente no consienta con la voluntad en imperfección, y venga a tener poder y libertad para poderlo hacer en advirtiendo. Y digo *conocidamente,* porque sin advertirlo y conocerlo o sin ser en su mano, bien caerá en imperfecciones y pecados veniales y en los apetitos naturales que habemos dicho; porque de estos tales pecados no tan voluntarios y subrepticios está escrito que «el justo caerá siete veces al día y se levantará» (Prov. 24,16). Mas de los apetitos *voluntatios*, que son pecados veniales de advertencia, aunque sean de mínimas cosas (como he dicho) basta uno que no se venza para imperir. Digo no mortificando el tal *hábito*, porque algunos actos a veces de diferentes apetitos aun no hacen tanto cuando los hábitos están mortificados... Pero algunos *hábitos de voluntarias imperfecciones* en que nunca acaban de vencerse, éstos, no solamente impiden la divina unión, pero el ir adelante en la perfección».

Es preciso seguir leyendo este precioso capítulo once del libro primero de la «Subida del Monte Carmelo» de San Juan de la Cruz. En él expone el bellísimo símil de «una ave asida a un hilo delgado» que, por muy delgado que sea, mientras no lo rompa no podrá volar: «Verdad es que el delgado es más fácil de quebrar; pero por fácil que es, si no lo quiebra, no volará».

Por eso el autor de la oración que estamos comentando pide con mucho acierto al Señor; «Que ya no os ponga jamás el menor obstáculo *voluntario* a vuestra acción transformadora», sin lo cual, jamás podría llegar a ella. Y sigue diciendo:

«Que la gracia alcance en mí el grado de desarrollo que me tenéis asignado desde toda la eternidad con vuestra primera intención y "según la medida de la donación de Cristo"» (Ef. 4,7)

Aquí el autor de la oración plantea el magno problema de nuestra predestinación en Cristo expresándose con asombrosa precisión teológica, como no acertaría a mejorarla un gran teólogo profesional. Y es que «el Espíritu sopla donde quiere» (Jn. 3,8), y a veces «elige Dios la necedad del mundo para confundir a

los sabios... para que nadie pueda gloriarse ante Dios» (1 Cor. 1,27-29).

La divina elección y predestinación sobre cada alma en particular es un hecho dogmático que consta expresamente en la divina Revelación. San Pablo expone en sus líneas generales el plan divino en diferentes lugares de sus epístolas, principalmente en las que dirige a los Romanos y a los de Efeso. He aquí algunos textos:

«Porque a los que *de antes conoció,* a esos los *predestinó* a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a esos también llamó, y a los que llamó, a esos justificó; y a los que justificó, a esos también los glorificó» (Rom. 8,29-30).

«Por cuanto en El *nos eligió* antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante El, y nos *predestinó* en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, *conforme al beneplácito de su voluntad,* para alabanza de la gloria de su gracia» (Ef. 1,4-6).

«Cuando aún no habían nacido ni habían hecho aún bien ni mal, para que se mantuviese la libertad de la elección divina, que depende, no de la obra, sino del que llama, le fue dicho a Rebeca: El mayor servirá al menor, según lo

que está escrito: "Amé a Jacob más que a Esaú"» (Rom. 9,11-13; cf. Gén. 25,23; Mal. 1,2-3).

No cabe hablar de manera más clara e impresionante. Dios predestina a los que *elige y ama;* a uno con preferencia a otro, a Jacob con preferencia a Esaú. Y, al hacerlo así, Dios obra santísimamente, sin cometer injusticia alguna, ya que ninguna criatura tiene ningún derecho a las divinas preferencias. Si las recibe, es en forma absolutamente gratuita e indebida por parte del receptor.

Y es un hecho que entre los mismos predestinados no todos lo son al mismo grado de santidad o perfección: a unos más y a otros menos *según el beneplácito de su divina voluntad* (Ef. 1,11). Es evidente que hay un abismo entre el grado de gracia y de santidad al que fue predestinada la Santísima Virgen María y el último de los bienaventurados, con todos los innumerables grados intermedios.

Ahora bien: ¿cuál es la causa o de qué depende esta tan grande diversidad de grados entre los mismos predestinados? Nos lo ha dicho ya el propio San Pablo: *el beneplácito divino, la libre voluntad de Dios.* Para mayor abundamiento recogemos a continuación algunos otros textos de la Sagrada Escritura del todo claros e inequívocos:

«Yo hago gracia al que hago gracia, y tengo misericordia de quien tengo misericordia». (Ex. 33,19).

«No me habéis elegido vosotros a mí, sino yo a vosotros» (Jn. 15,16).

«Porque ¿quién es el que a ti te hace preferible? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?» (1 Cor. 4,7).

«Pero si por gracia, ya no es por las obras, que en este caso la gracia ya no sería gracia» (Rom. 11,6).

«¿Quién fue su consejero? O ¿quién primero le dio a El, para tener derecho a retribución?» (Rom. 11,34-35).

«Pues Dios es el que obra en nosotros el querer y el obrar *según su beneplácito*» (Filp. 2,13).

Todo depende, pues, de la voluntad santísima de Dios, en la que no cabe la más pequeña veleidad o la menor injusticia. El que nosotros no sepamos explicar el gran misterio de las divinas predilecciones, no puede comprometer en nada la infinita santidad, justicia y misericordia de sus designios inescrutables.

El autor de la oración que estamos comentando no ignoraba la existencia de estos diversos grados en la predestinación a la gracia y a la gloria. Y por eso pide al Señor «que le haga

alcanzar el grado de gracia que le tenga asignado desde toda la eternidad *con su primera intención y según la medida de la donación de Cristo*».

¿Qué significa, en primer lugar, eso de la *primera intención de Dios?* ¿Es que Dios tiene diferentes intenciones o más de una sola y eterna intención con relación a una determinada alma?

Aquí es donde aparece claramete la gran cultura teológica del autor o autora de dicha oración. Porque, efectivamente, aunque la voluntad de Dios es simplicísima en sí misma y está totalmente identificada con la propia divina esencia[12], considerada en relación con la criatura y según nuestra pobre manera de concebir las cosas, la voluntad divina tiene diversos actos, por razón de los cuales establecen en ella los teólogos las siguientes principales divisiones:

1. Voluntad significada y de beneplácito.
2. Voluntad absoluta y condicionada.
3. Voluntad antecedente y consiguiente.
4. Voluntad simple y ordenada.

12. En este sentido, y hablando con todo rigor y exactitud teológica, habría que decir que Dios *no tiene* voluntad, sino que *es Voluntad infinita,* identificada con la propia esencia divina, como dice Santo Tomás (Cf. I,19, 1 ad 3).

5. Voluntad necesaria y libre.
6. Voluntad eficaz e ineficaz.

Todas estas divisiones tienen una gran importancia, sobre todo en el estudio de la divina Providencia y de la predestinación[13]. Pero aquí nos interesa destacar la división entre voluntad *antecedente* y voluntad *consiguiente*.

a) Voluntad *antecedente* es la que Dios tiene en torno a una cosa en *sí misma o absolutamente considerada,* sin tener todavía en cuenta las circunstancias que podrán rodearla (v. gr. la salvación de todos los hombres en general).

b) Voluntad *consiguiente* es la que Dios tiene en torno a una cosa *revestida ya de todas sus circunstancias particulares y concretas* (v. gr. la condenación de un pecador que muere voluntariamente impenitente).

Ahora bien: cuando el autor de la obra que estamos comentando habla de la *primera intención de Dios,* se refiere, sin la menor duda, a la que los teólogos denominan *voluntad antecedente,* o sea, a la que Dios tendría en torno a esa alma de una manera *absoluta,* o sea, an-

13. Hemos explicado todo esto en otra de nuestras obras, a la que remitimos al lector que quiera mayor información: Cf. *Dios y su obra* (BAC, Madrid, 1963) n. 159, págs. 160-62.

tes de prever el conjunto de circunstancias indeseables que quizá la rodearán a lo largo de su vida (v. gr. los obstáculos *voluntarios* a la gracia, la resistencia a las divinas inspiraciones, etc.) que dicha alma opondrá a la acción santificadora de Dios que la llevaría hasta la cumbre de la perfección. Si el alma es enteramente fiel a la gracia y secunda con toda generosidad la acción santificadora de Dios, alcanzará de hecho ese grado de santidad querido por Dios con su voluntad *antecedente* (o *primera intención,* como se dice en la oración). Pero si, de hecho, el alma no es enteramente fiel a las divinas inspiraciones y mociones de la divina gracia y pone *voluntariamente* obstáculos a la misma, entonces alcanzará únicamente el grado de gracia y de gloria previsto por Dios con su voluntad *consiguiente* (o sea, con su *segunda intención,* como diría el autor de la oración), en cuyo caso habrá de pagar en el purgatorio lo que le faltó en esta vida para alcanzar el grado de la *primera intención* de Dios, que era su plena y total santificación hasta el grado por El previsto desde toda la eternidad con su voluntad *antecedente.* Pero, por desgracia, el pago de la deuda en el purgatorio «hasta el último céntimo» (Mt. 5,26) no aumentará en lo más mínimo el grado de gracia que tenía el alma en el momento de abandonar este mundo, ni, por lo mismo, el grado de gloria que

tendrá por toda la eternidad en el cielo, limitándose el purgatorio a una labor de simple limpieza y purificación del alma, ya que nada manchado puede entrar en el cielo. Pensando en esta irreparable pérdida escribe con gran unción el insigne cardenal Mercier[14]:

«¡Qué preciosas son, pues, las pocas horas de nuestra peregrinación terrenal, por cuanto de ellas solas depende nuestra eternidad! Cada minuto puede ser utilizado por un acto de amor más ardiente que ha de ser principio de una más íntima unión con Dios y de un más vivo resplandor de la hermosura de Dios en nuestras almas. Y mis minutos son contados. En el cielo, mi caridad no podrá ya crecer, ni tampoco podrá crecer mi gloria, ni la que yo podré dar a mi Cristo y a mi Dios. ¡Oh, el precio del tiempo! ¡Oh, la irrevocable eternidad!».

«La caridad que nos seguirá a través de la muerte, ella sola dará la medida de nuestra unión con Dios en la gloria... La gracia santificante y la caridad, que es su primer efecto, son ya el cielo en substancia: la medida de la caridad proporciona la medida de la gloria. Si los escogidos difieren entre sí en gloria, como las

14. CARDENAL MERCIER: *La vida interior* (Barcelona, 1930), páginas 360-361.

estrellas del firmamento, es porque la esencia divina se une a su inteligencia en grados diversos; y este grado de unión corresponde exactamente al grado de caridad que posee el alma en el momento en que se presenta en el tribunal de Dios.»

«Y según la medida de la donación de Cristo»

No sabemos el grado de gracia y de gloria que Dios tiene asignado desde toda la eternidad a cada uno de los predestinados con su voluntad antecedente o consiguiente; pero sí sabemos con absoluta certeza, puesto que consta expresamente en la divina Revelación, que este grado depende en cada caso de la «medida de la donación de Cristo» (Ef. 4,7).

En efecto, es doctrina católica admitida por todos los teólogos que la predestinación de Cristo es la causa ejemplar, meritoria, eficiente y final de nuestra propia predestinación. Por un mismo y único acto eterno predestinó Dios tanto a Cristo-Hombre como a nosotros en El[15]. Como explica Santo Tomás: «la predestinación de Cristo es causa de la nuestra en cuanto que Dios ha ordenado desde toda la

15. Cf. III, 24,3; 24,2.

eternidad que nuestra salvación fuese llevada a cabo por Jesucristo. Y ha de notarse que no sólo es objeto de la predestinación eterna lo que ha de realizarse en el tiempo, sino también el *modo* y el *orden* en que se ha de realizar[16]. Por lo mismo, nuestra salvación, santificación y *el grado de gracia y de gloria que hemos de alcanzar* está ordenado a la gloria de Cristo y, a través de El, a la gloria de Dios, según aquellas palabras de San Pablo: «Todas las cosas son vuestras; ya Pablo, ya Apolo, ya Cefas, ya el mundo, ya la vida, ya la muerte, *ya lo presente, ya lo venidero,* todo es vuestro; pero vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios» (1 Cor. 3,22-23).

Hay que pedir, pues, continuamente a Dios que nos haga llegar, para su gloria, al grado de gracia y de gloria que nos tiene asignado desde toda la eternidad «según la medida de la donación de Cristo», supremo ejemplar y prototipo de todos los predestinados. Volveremos en seguida obre esto.

«Segundo por segundo, con intención siempre actual, quisiera ofreceros todo cuanto soy y tengo»

He aquí otra gran aspiración del alma ena-

16. Cf. III, 24,4.

morada de Dios que escribió la oración que estamos comentando.

Sabido es que pueden distinguirse varias clases de *intenciones* al realizar una obra cualquiera. Las principales son tres:

a) *Intención habitual.* Es la intención general, no retractada, de glorificar a Dios en todas nuestras acciones, aunque por olvido o distracción no influyan ya para nada en el acto concreto que estemos realizando. Tal es, por ejemplo, la intención general que se hace en las oraciones de la mañana al ofrecer a Dios todas las buenas obras que hemos de realizar aquel día.

b) *Intención virtual.* Es la que se puso expresamente *al comenzar alguna acción y sigue influyendo en toda ella,* a no ser que se retracte o se ponga algún acto incompatible con el primero. La intención virtual se retracta cuando la cambiamos conscientemente por otra distinta, o al realizar algún acto incompatible con la gloria de Dios, como es, por ejemplo, *cualquier pecado venial* plenamente voluntario o cometido a sabiendas de que desagrada a Dios.

c) *Intención actual.* Es la que se tiene en un determinado momento e influye directa y conscientemente en el acto mismo que estamos realizando.

Sin duda alguna, la intención más perfecta es la *actual,* y ésta es la que se pide en la ora-

ción que comentamos al ofrecer a Dios todo cuanto somos o tenemos. Pero dada la fragilidad humana y las casi inevitables distracciones *involuntarias,* en la práctica basta la intención *virtual no retractada* para que nuestras buenas obras conserven ante Dios todo su mérito sobrenatural. Por eso es convenientísimo repetir muchas veces al día la intención *actual* de hacer las cosas a la mayor gloria de Dios, para que, ya que la actualidad constante e ininterrumpida es imposible en esta vida, se convierta, al menos, en una intención *virtual no retractada* por ningún fallo voluntario.

«Y que mi pobre vida fuera, en unión íntima con tu Verbo Encarnado...»

Esta es una de las peticiones más fundamentales de la oración que estamos comentando. El mérito sobrenatural y la eficacia santificadora de nuestras buenas obras depende, ante todo y sobre todo, de la intensidad de nuestra unión con Jesucristo, Verbo de Dios Encarnado. Sin El no somos nada ni podemos *absolutamente nada* en el orden sobrenatural. Nos lo dice El mismo expresamente en el Evangelio: «Yo soy la Vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque *sin mí no podéis hacer nada»*

(Jn. 15,5). Y el gran San Agustín apostilla: «No dice Cristo que sin El podamos hacer muy poco, sino *absolutamente nada,* ni poco ni mucho».

San Pablo no hallaba en el lenguaje humano palabras justas para expresar esta realidad inefable de la incorporación del cristiano a su divina Vid. La vida, la muerte, la resurrección del cristiano: todo ha de estar íntimamente unido a Cristo. Y, ante la imposibilidad de expresar estas realidades con las palabras humanas en uso, creó esas expresiones enteramente nuevas, desconocidas hasta él, que no debían tampoco acabarle de llenar: Hemos muerto juntamente con Cristo: *commortui* (2 Tim. 2,11), y con El hemos sido sepultados: *consepulti* (Rom. 6,4), y con El hemos resucitado: *conresuscitati* (Ef. 2,6), y hemos sido vivificados y plantados en El: *convivificavit nos in Christo* (Ef. 2,5), *et complantati* (Rom. 6,5) para que vivamos con El: *et convivemus* (2 Tim. 2,11), a fin de reinar juntamente con El eternamente: *et consedere fecit in caelestibus in Christo lesu* (Ef. 2,6).

Con razón, pues, el insigne benedictino Dom Columba Marmión escribe en su admirable libro *Jesucristo vida del alma*[17]:

17. DOM COLUMBA MARMION. *Jesucristo vida del alma, I, 1,6.*

«Comprendamos que no seremos santos sino en la medida en que la vida de Cristo se difunda en nosotros. Esta es la única santidad que Dios nos pide; no hay otra. Seremos santos en Jesucristo, o no lo seremos de ninguna manera. La creación no encuentra en sí misma ni un solo átomo de esta santidad; deriva enteramente de Dios por un acto soberanamente libre de su omnipotente voluntad, y por eso es sobrenatural. San Pablo destaca más de una vez la gratuidad del don divino de la adopción, la eternidad del amor inefable, que le resolvió a hacérnoslo participar, y el medio admirable de su realización por la gracia de Jesucristo».

Cristo es, pues, el único Camino para ir al Padre, la única forma posible de santidad en el plan actual de la divina Providencia. Sólo por El, con El y en El podremos alcanzar la meta y el ideal intentado por Dios en la creación, redención y santificación del género humano: la alabanza de su propia gloria (Ef. 1,5-6). La Iglesia nos lo recuerda todos los días en uno de los momentos más augustos del sacrificio del altar: «Por El, con El y en El, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos». Unicamente a través de Cristo, su hijo muy amado, acepta el Padre nuestro amor y

nuestros homenajes. Por eso los grandes santos, iluminados por Dios mismo de una manera especialísima para entender el «misterio de Cristo, oculto desde los siglos en Dios» (Ef. 3,9), querían como desaparecer y dejarse absorber por El, para que Cristo viviese en ellos su propia vida. Sor Isabel de la Trinidad, una de las almas que más profundamente llegó a comprender este misterio, pide al mismo Cristo en su sublime *«Elevación a la Trinidad»* «que me revistáis de Vos mismo, que identifiquéis mi alma con todos los movimientos de vuestra alma, que me sumerjáis, que me invadáis, que *os substituyáis en mí,* para que mi vida o sea sino una irradiación de vuestra vida». Quiere ser *fascinada por El* «para que ya no pueda salir de vuestro influjo»: Y en un arranque sublime, de increíble atrevimiento y audacia, le pide al Espíritu Santo que venga a ella «para que se haga en mi alma *como una encarnación del Verbo».* Quiere convertirse para Cristo en una especie de *«humanidad sobreañadida,* en la cual renueve El todo su misterio». Quiere revestirse totalmente de Cristo, a fin de que el Padre «no vea en ella más que al Hijo muy amado, en el cual tiene puesta todas sus complacencias[18]».

18. SOR ISABEL DE LA TRINIDAD. *Elevación a la Trinidad.*

Estos mismos sentimientos de la carmelita de Dijon han constituido siempre la obsesión de todos los grandes santos y místicos experimentales. Recuérdense, entre otros mil, a Agustín de Hipona, Francisco de Asís, Domingo de Guzmán, Catalina de Siena, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Teresa de Lisieux, Gema Galgani, Angela de la Cruz... Todos ellos no tenían otra ilusión y otro ideal de santidad que poder llegar a decir como San Pablo: «Ya no soy yo quien vivo, sino Cristo en mí» (Gal. 2,20); «Ya estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col. 3,3), porque «mi vida es Cristo, y la muerte mi ganancia» (Filp. 1,21).

...«un sacrificio incesante de alabanza de gloria de la Trinidad Beatísima»

La plena identificación con Jesucristo: ésa es la definición misma de la santidad cristiana, no hay otra, como acabamos de ver. Y sin embargo no constituye todavía el fin último y absoluto del pensamiento eterno de Dios. Como ya indicábamos más arriba, la misma encarnación del Verbo, la redención del género humano y nuestra propia santificación no tienen otra finalidad última y absoluta que la *gloria*

extrínseca del mismo Dios. Esta sí que es la finalidad suprema y última de todo lo creado. Dios no ha creado el universo ni ha enviado su Hijo al mundo más que *para su propia gloria.* Si hubiera obrado de otra manera, Dios no sería Dios; ya que hubiera subordinado su acción a algo distinto de Sí mismo, y como la acción de Dios se confunde y se identifica con su propia esencia divina, esa otra cosa estaría por encima de Dios, lo cual es absolutamente imposible, absurdo y contradictorio. Dios nos ha creado para que seamos en Cristo, con El y en El *una perfecta alabanza de gloria* de la Trinidad Beatísima. Cabalmente lo que se pide en la oración que estamos comentando y en el lugar exacto que le corresponde.

Ha sido el mismo Dios quien, a través del gran apóstol San Pablo, nos ha descorrido completamente el velo del plan maravilloso de nuestra predestinación en Cristo para gloria de la Trinidad Beatísima en el sublime capítulo primero de la carta a los Efesios:

«Bendito sea Dios y Padre nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos; por cuanto que en El nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante El, y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, con-

forme al beneplácito de su voluntad, *para alabanza de la gloria de su gracia.* Por esto nos hizo gratos en su amado, en quien tenemos la redención por la virtud de su sangre, la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia, que superabundantemente derramó sobre nosotros en perfecta sabiduría y prudencia. Por ésta nos dio a conocer el misterio de su voluntad, conforme a su beneplácito, que se propuso realizar en Cristo en la plenitud de los tiempos, reuniendo todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra en El, en quien hemos sido heredados por la predestinación, según el propósito de aquel que hace todas las cosas conforme al consejo de su voluntad, a fin de que cuantos esperamos en Cristo seamos *para alabanza de su gloria.* En El también vosotros, que escucháis la palabra de la verdad, el Evangelio de nuestra salud, en el que habéis creído, fuisteis sellados con el sello del Espíritu Santo prometido, prenda de nuestra herencia, rescatando la posesiön que El se adquirió *para alabanza de su gloria»* (Ef. 1,3-14).

En esta admirable exposición del plan divino, el Apóstol repite por tres veces que Dios ha creado todas las cosas *para alabanza de su gloria.* El día en que sor Isabel de la Trinidad descubrió en su querido San Pablo esta suprema finalidad del plan de Dios, encontró su vo-

cación definitiva; desde aquel momento orientó toda su vida y toda su actividad a convertirse noche y día en *Laudem gloriae,* o sea, en una continua *alabanza de gloria* de la Trinidad Beatísima, lo que la elevó con gran rapidez a las más altas cumbres de la unión mística con Dios.

«La santificación de nuestra propia alma no es, pues, el último fin de la vida cristiana. Por encima de ella está la gloria de la Trinidad Beatísima, fin absoluto de todo cuanto existe. Y esta verdad, con ser tan elemental para los que comprendan la trascendencia divina, no aparece, sin embargo, dominando en la vida de los santos sino muy tarde, cuando ya su alma se ha consumado por el amor en la unidad de Dios. Sólo en la cumbres de la unión transformante, identificados plenamente con Dios, su pensamiento y quereres se identifican también con el pensamiento y el querer de Dios. Solamente Cristo y María, desde el instante primero de su existencia, han realizado con perfección este programa de glorificación divina, que es el término donde viene a desembocar todo el proceso de santificación acá en la tierra»[19].

En la práctica, nada debe preocupar tanto a

19. P. PHILIPON. O. P. *La doctrina espiritual de Sor Isabel de la Trinidad,* c. 4.

un alma que aspire a santificarse como el constante olvido de sí misma y la plena rectificación de su intención a la mayor gloria de Dios. «En el cielo de mi alma –decía sor Isabel de la Trinidad–, la gloria del Eterno, nada más que la gloria del Eterno»[20]: he aquí la consigna suprema de toda la vida cristiana. En la cumbre más elevada de la montaña del amor la esculpió San Juan de la Cruz con caracteres de oro: «Sólo mora en este Monte la honra y gloria de Dios».

«Y quisiera haberlo hecho así desde el primer instante de mi concepción...»

Ya hemos dicho que sólo la Virgen María –aparte, naturalmente, del propio Cristo– realizó este supremo ideal de ser una perfectísima *alabanza de gloria de la Trinidad* desde el instante mismo de su concepción inmaculada, ya que solamente ella fue concebida en gracia sin la menor sombra de pecado. Pero ya que este ideal no es posible para el alma concebida en pecado original, quisiera, al menos, *pasar como una esponja empapada en la sangre de Cristo* a todo lo largo de su vida pecadora, para borrar de ella toda huella de pecado y

20. SOR ISABEL DE LA TRINIDAD, retiro de *«Laudem gloriae»*, día 7.

convertirla en «santa e inmaculada» (Ef. 1,4) al menos *a posteriori*, por la caridad perfecta y el puro amor de Dios.

La caridad perfecta y el puro amor de Dios puede –en efecto– llegar a purificar el alma de manera tan perfecta y en tan elevado grado que su vida terrena empalme *inmediatamente* con la visión beatífica en el momento mismo de la muerte. Aunque sólo los grandes santos logran conseguir esta suprema dicha. San Juan de la Cruz describe en la *Subida al Monte Carmelo*, diez grados de amor de Dios siguiendo a San Bernardo y a Santo Tomás; y solamente de los que han logrado escalar el *noveno grado* de esta escala de amor, escribe el sublime místico carmelitano:

«El décimo y último grado de esta escala secreta de amor *hace al alma asimilarse totalmente a Dios*, por razón de la clara visión de Dios que luego posee *inmediatamente el alma, que, habiendo llegado en esta vida al nono grado*, sale de la carne; porque éstos (pocos que son), por cuanto ya por el amor están purgadísimos, no entran en el purgatorio»[21].

Todos los que no alcancemos a llegar al

21. SAN JUAN DE LA CRUZ. *Noche oscura*, lib. 2, c. 20, n. 5.

noveno grado de amor, tendremos, pues, que pasar por el purgatorio, según San Juan de la Cruz. Pero, como ya hemos explicado más arriba, la purificación ultraterrena en el purgatorio no aumentará en lo más mínimo el grado de gracia que el alma tenía en el momento de abandonar este mundo, ni, por lo mismo, el grado de gloria que tendrá por toda la eternidad en el cielo. De ahí la importancia soberana de aprovechar hasta el máximo las pocas horas de nuestra peregrinación en esta pobre vida para crecer en caridad y puro amor de Dios, antes de que la muerte paralice en absoluto nuevas ascensiones en la escala del amor. Y en este sentido podría decirse que esta vida es más importante que la otra, pues la otra depende de ésta y no al revés.

«... y seguir haciéndolo hasta la consumación de los siglos, cada vez con más intensidad y perfección».

Es una simple consecuencia de todo cuanto llevamos dicho. El alma se da perfecta cuenta de que si quiere ascender, grado por grado, hasta el supremo de la plena y absoluta purificación antes de morir, ha de seguir practicando el *puro amor de Dios* en forma cada vez más intensa y perfecta. Volveremos más am-

pliamente sobre esto al comentar otro párrafo de esta admirable oración.

«¡Oh, Dios mío, cómo quisiera glorificaros! ¡Oh, si a cambio de mi completa inmolación o de cualquier otra condición, estuviera en mi mano incendiar el corazón de todas vuestras criaturas y la Creación entera en las llamas de vuestro amor, qué de corazón quisiera hacerlo!»

El alma sigue exponiendo sus grandes deseos de glorificar a Dios con la máxima intensidad posible y por todos los medios a su alcance. Y en completo olvido de sí misma y pensando únicamente en contagiar a todas las criaturas el hambre y sed devoradora de glorificar a Dios que la consume, pide al mismo Dios «a cambio de la completa inmolación de sí misma o de cualquier otra condición, incendiar el corazón de todas las criaturas y la Creación entera en las llamas del divino amor».

¡Qué lejos está el alma de pensar únicamente en su propia santificación, en completo olvido de la de todos los demás, como hacen tantas almas imperfectas, dominadas –acaso inconscientemente– por su propio egoísmo individual! El verdadero amor de Dios, cuando se apodera intensamente de un alma generosa y entregada a la divina contemplación, su mis-

ma vocación contemplativa la empuja a comunicar a los demás el «tesoro escondido» que ha logrado encontrar. Nada más lejos del egoísmo individual que la verdadera y auténtica vida contemplativa.

Cuanto más alta y perfecta sea su oración contemplativa, más fuertemente se siente impulsada el alma hacia el apostolado, al menos el único que está perfectamente al alcance de su mano, que es la *propia inmolación y el sufrimiento corredentor.*

Toda alma verdaderamente contemplativa, abrasada en el amor a Dios, siente profundamente lo que sentía Santa Teresita de Lisieux –monja contemplativa y, a la vez, Patrona universal de las Misiones– cuando escribía con caracteres de fuego:

«¡Ah! A pesar de mi pequeñez, yo quisiera dar luz a las almas, como los profetas y los doctores. Tengo vocación de apóstol. Quisiera recorrer la tierra entera predicando tu nombre, y plantar sobre el suelo infiel tu gloriosa Cruz. Pero una sola misión no me bastaría. Desearía anunciar a un mismo tiempo el Evangelio en las cinco partes del mundo, y hasta en las más remotas islas. *Quisiera ser misionera* no sólo durante algunos años; sino haberlo sido desde

la creación del mundo y continuar siéndolo hasta el fin de los siglos»[22].

Estas ansias incontenibles de *hacer amar al Amor* quedaron plenamente saciadas en Santa Teresa de Lisieux cuando descubrió que el amor encierra todas las vocaciones, que el amor lo es todo, puesto que es eterno y abarca todos los tiempos y lugares:

«Entonces, en un transporte de alegría delirante, exclamé: ¡Oh, Jesús, mi amor! Por fin he encontrado mi vocación; mi vocación es el amor. Sí, he hallado mi lugar en la Iglesia. Dios mío, vos mismo me lo habéis señalado: en el corazón de la Iglesia, mi madre, *seré el amor.* Así lo seré *todo,* y mi sueño se verá realizado»[23].

Abundando en estos mismos sentimientos, la oración que comentamos –en la que se nota claramente la influencia de los grandes místicos carmelitas, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Santa Teresita, sor Isabel de la Trinidad, etc.– continúa diciendo:

22. SANTA TERESITA DE LISIEUX. *Historia de un alma,* c. 11. Puede verse en *Obras completas de Santa Teresita* (Burgos, 1964), página 276.
23. O. c. pág. 279.

«Que al menos mi pobre corazón o pertenezca por entero, que nada me reserve para mí ni para las criaturas, ni uno solo de sus latidos».

El alma quiere ofrecer a Dios la totalidad exhaustiva de su amor, sin reservarse nada para sí (en el sentido *egoísta* de la expresión, no en el de la *caridad sobrenatural* para consigo misma, que es obligatoria), ni para las criaturas (en el sentido de *apego desordenado* hacia ellas, no de la *caridad sobrenatural)*, como explicará en seguida.

«Que ame inmensamente a todos mis hermanos...»

No podía faltar esta petición que constituye, nada menos, que «el segundo mandamiento de la ley de Dios semejante al primero» (Mt. 22,36-40) y, sobre todo, el gran *mandamiento del amor,* promulgado por el propio Cristo en la noche inolvidable del Jueves Santo (Jn. 13,34-35 y 15,12).

Pero es preciso entender el verdadero sentido y alcance del amor al prójimo, para no rebajarlo a un amor puramente *filantrópico,* de simple simpatía *natural,* que nada tiene que ver con el verdadero amor de *caridad sobrena-*

tural, procedente de la divina gracia, que es el que se nos inculca y ordena en las páginas inspiradas de la Sagrada Escritura. Por eso vamos a exponer este punto con alguna extensión, extremando el rigor y la exactitud teológica[24].

a) EL AMOR NATURAL AL PRÓJIMO. El amor de *caridad* que debemos a nuestro prójimo es estrictamente *sobrenatural* y presupone necesariamente la gracia de Dios, sin la cual sería imposible. Pero esto no es obstáculo para que se le pueda y deba amar también con un amor puramente *natural* que tenga sus raíces y proceda originariamente de la simple naturaleza humana. No olvidemos que la gracia no destruye la naturaleza, sino que viene a perfeccionarla y elevarla a un plano superior.

«Es natural a todos los hombres –escribe Santo Tomás– el amarse mutuamente, como lo demuestra el hecho de que un hombre, por cierto instinto natural, socorre a otro, incluso desconocido, en caso de necesidad; por ejemplo, apartándolo de un camino equivocado, ayudándole a levantarse si se ha caído, etc., como si todo hombre fuera naturalmente para su semejante un familiar y amigo»[25].

24. Cf. nuestra *Teología de la caridad,* 2.ª ed. BAC (Madrid, 1963), n. 286 ss., donde hemos explicado largamente todo esto.
25. SANTO TOMAS DE AQUINO. *Contra gentes,* 3, 117.

Por desgracia, un sector amplísimo de la humanidad –la inmensa mayoría de los hombres– no pueden ejercitar hacia el prójimo otra clase de amor que el puramente natural. Privados de la fe cristiana, desprovistos muchísimos de ellos de la gracia santificante, están radicalmente incapacitados –mientras permanezcan en tan triste situación– para realizar actos sobrenaturales. Sólo cabe en ellos un amor al prójimo puramente *natural*, que tropezará en la práctica con dificultades inmensas al encontrarse los intereses del prójimo con los del propio y natural egoísmo, que apenas pueden ser superados sino a base de una profunda y entrañable caridad sobrenatural.

Esta es la razón, en última instancia, de que haya tanto odio en el mundo de hoy y de que el hombre se haya convertido en un verdadero lobo para con sus semejantes: *Homo homini lupus.* A nadie debe extrañar esta horrible situación. El mundo ha sufrido en los últimos tiempos un proceso de descristianización cada vez más profundo. La fe cristiana languidece en muchos países donde antes brilló esplendorosa, y en otros se ha extinguido totalmente. El enfriamiento y la pérdida de la fe trae consigo, como una consecuencia necesaria e inevitable, el enfriamiento o la extinción total de la caridad. Debilitado o suprimido del todo este gran vínculo de unión entre los hom-